

La economía china en el siglo XXI

YOLANDA FERNÁNDEZ LOMMEN*

El artículo describe, en primer lugar, la situación de la economía china desde la puesta en marcha del ambicioso plan reformista en 1978. Los efectos beneficiosos de dicha reforma que se resumen en un elevado crecimiento económico y una mayor liberalización y apertura exterior, no han estado exentos, sin embargo, de elevados costes entre los que destacan la fuerte intensificación de las disparidades regionales de la renta que están generando unas corrientes migratorias incontroladas desde las zonas rurales interiores más pobres hacia las prósperas zonas costeras. Este hecho se agrava considerando el aumento del desempleo y la existencia de millones de trabajadores desprovistos de toda protección social. En segundo lugar, se repasan las principales causas de la desaceleración de la economía china y de la inestabilidad social en los últimos dos años. Por último, se concluye que si bien la reforma económica ha permitido un crecimiento espectacular de la economía, es necesario que China dedique mayores esfuerzos a la consolidación de su desarrollo profundizando en la reforma de aspectos microeconómicos que serán, en definitiva, los que permitan elevar el nivel de renta per cápita de la población y generar un mayor nivel de bienestar.

Palabras clave: reforma económica, desarrollo económico y social, coste social, desempleo, desequilibrio regional, China, Asia.

Clasificación JEL: O53.



COLABORACIONES

1. Introducción

Desde la puesta en marcha del ambicioso plan reformista en diciembre de 1978, la economía china ha crecido a unas tasas muy elevadas en un entorno de estabilidad macroeconómica exento de dependencias financieras exteriores. Además, el importante desarrollo experimentado no es únicamente cuestión de cifras sino que el cambio estructural que ha acompañado al proceso de transición al mercado ha sido muy significativo. En claro contraste con épocas del pasado el grado de industrialización se ha intensificado en el sector de la industria ligera de modo que, hoy en día, las manufacturas y los textiles constituyen el grueso de las exportaciones. Por otra parte, la liberaliza-

ción de las políticas comercial e inversora han incrementado el grado de apertura de la economía china que participa activamente en el comercio mundial y disfruta de las ganancias que de esta mayor integración se desprenden.

2. Costes y beneficios del proceso de reforma

Los efectos beneficiosos de la reforma han tenido una importante dimensión social que se ha reflejado en la mejoría experimentada por el nivel de vida de la población que en determinadas zonas del país disfruta de un bienestar impensable hace veinte años. La mayor disponibilidad de recursos ha generado una demanda de consumo más diversificada que ya incluye bienes importados. En las zonas más deprimidas, si bien la recuperación eco-

* Economista.

nómica no ha sido tan visible como en las boyantes ciudades costeras, la pobreza se ha reducido sensiblemente, logro, asimismo, de trascendente relevancia.

Sin embargo, el fructífero proceso reformista no ha estado exento de costes, algunos de los cuales se configuran como los obstáculos que deberá sortear con éxito China si desea mantener su trayectoria de desarrollo en el siglo XXI. La política de liberalización y apertura ha introducido un elevado grado de descentralización en la economía que ha puesto de relieve las dificultades inherentes a tan complejo proceso de transición. Por una parte, la ruptura de la planificación ha suprimido ciertos privilegios sociales que antes estaban garantizados en el modelo socialista. Por otra, el gradualismo y la experimentación que caracterizan a la reforma china han impedido la expansión homogénea de los beneficios derivados de la presencia de las fuerzas del mercado en la economía.

A lo largo de las dos últimas décadas, mientras la economía crecía de forma imparable, han surgido implicaciones socioeconómicas imprevistas. El profundo cambio estructural de la economía ha tenido importantes repercusiones en el esquema de organización social y ello se ha reflejado en una creciente complejidad del mismo, agravada por la influencia cultural derivada de la «occidentalización» de la economía, que ha introducido nuevas pautas de comportamiento y de consumo. En el ámbito estrictamente económico, la reforma tiene un coste muy elevado que se puede apreciar a través de su efecto negativo más preocupante: las fuertes disparidades regionales de renta.

Con el proceso de reforma económica se han intensificado las disparidades regionales en China. Siempre han existido divergencias en el nivel de desarrollo de las distintas provincias que componen el inmenso país, pero la liberalización de la economía las ha agudizado. La creación de las Zonas Económicas Especiales, concentradas en el litoral, y la ubicación de los principales núcleos urbanos del país —Pekín, Shanghai y Tianjin— en la costa, han sido factores que han contribuido a empeorar el desequilibrio. El extraordinario crecimiento de las Zonas Económicas Especiales ha concentrado en su territorio la

mayor parte de las mejoras introducidas por la reforma, por lo que las remotas y atrasadas regiones del interior no han participado de la misma manera. La desigualdad ha dado lugar a un desordenado éxodo rural flotante, que se agrupa en torno a las grandes ciudades a la espera de conseguir un trabajo mejor remunerado que les permita integrarse en el nuevo estilo de vida de la China reformista. Este movimiento migratorio incontrolado, estimado en 120 millones de personas, se nutre principalmente del sobreempleo que existe en el campo, mano de obra campesina que carece de la cualificación adecuada para encontrar un puesto de trabajo en las modernas factorías de las grandes urbes. La precaria situación de esta población flotante altera el orden social de las ciudades que no pueden absorber la llegada masiva de campesinos, generando todo tipo de conflictos que abarcan desde el aumento de la violencia hasta el descontrol de la natalidad. La disparidad regional existe con carácter general entre el campo y la ciudad y entre la costa y el interior de China, pero es más pronunciada entre el interior y el sudeste del país. De este modo, con una población muy inferior, el Producto Nacional Bruto per cápita de las provincias del sudeste duplica con creces al del centro-sur; el Producto Nacional Bruto industrial per cápita del interior equivale únicamente a un tercio del registrado en el sudeste; incluso el producto agrario per cápita es superior en las industrializadas provincias del sudeste que en el interior rural; por último, mientras el sector terciario de las provincias del litoral se ha desarrollado mucho, en el interior no ha iniciado todavía su desarrollo. El efecto del desequilibrio de renta se traslada de forma inmediata a las pautas de consumo. La mayor renta per cápita de las provincias costeras ha generado una demanda de consumo más intensa y mucho más variada que en las provincias del interior. Esta conducta se ha observado tanto en el ámbito urbano como en el rural si bien es cierto que en las zonas rurales es más tenue.

El origen de las disparidades regionales hay que buscarlo en el proceso de apertura y liberalización de la economía: la transición desde una economía agraria, cerrada y de planificación centralizada hacia un modelo industrial, abierto y



COLABORACIONES

descentralizado. En este sentido, el detonante ha sido el desequilibrio de la implantación de la inversión directa extranjera en el territorio. Las provincias del sudeste, Guangdong y Fujian, han acogido a cuatro de las cinco Zonas Económicas Especiales. La menor regulación de dichos enclaves, y sus condiciones especiales de funcionamiento, han concentrado en la zona la mayor parte de la inversión extranjera, introduciendo un sesgo importante en el grado de desarrollo y en la tasa de crecimiento alcanzados, puesto que la evolución que ha experimentado la economía china en las zonas más prósperas de su territorio supera sobradamente el nivel medio alcanzado por la economía en su conjunto. Las autoridades chinas, conscientes de la magnitud del problema, están tomando ya las primeras medidas. Por una parte, desde hace algunos años destinan recursos a la creación de un sistema de seguridad social de carácter urbano, cuyo éxito está estrechamente vinculado al saneamiento presupuestario, y, por tanto, al éxito de la reforma fiscal que en 2001 recibirá un nuevo impulso. Por otra, el gobierno ya ha anunciado su intención de reducir los privilegios fiscales que gozan las zonas especiales con el fin de fomentar las inversiones en las zonas interiores y crear, así, un entorno de igualdad y de libre competencia empresarial con independencia de su ubicación geográfica y de la naturaleza de la actividad desarrollada.

El equilibrio entre la eficiencia económica y la justicia social es un tema complejo que se plantea en cualquier sociedad que se vea progresivamente afectada por la revolución tecnológica característica del nuevo siglo. Este rasgo tan propio de la modernidad es especialmente preocupante en un sistema como el chino que ha pasado en tan solo veinte años de ser reconocido como una de las sociedades más igualitarias del mundo a ocupar casi el último lugar en términos distributivos de renta. La reforma económica ha dispensado a China una etapa de fuerte crecimiento y mucha riqueza cuyos beneficios no han sido repartidos por igual. El abandono del modelo estalinista de planificación central en favor de un sistema económico más orientado al mercado ha topado con muchos obstáculos en el camino que afectan de forma directa a la sociedad. Incluso,

algunos de los antiguos privilegios tan propios del socialismo como, por ejemplo, el trabajo de por vida o la vivienda gratuita, se han convertido en verdaderos frenos al desarrollo y, al mismo tiempo, en una fuente de conflictividad social. Durante la década de los noventa el número de personas perjudicadas por la reforma ha comenzado a superar a los beneficiados por la misma y en 1999, cincuenta años después de la fundación de la República Popular, esta tendencia se ha intensificado.

Las disparidades registradas son de diversa índole y la distribución de la renta es tan desigual que se ha estimado que el 3 por 100 de la población china acumula el 40 por 100 del ahorro nacional. El desempleo es un desequilibrio que también se ha agudizado en los últimos años. La falta de incentivos en las zonas rurales, los bajos precios de los productos agrarios, el encarecimiento de los factores productivos empleados en la agricultura y la subida de los impuestos son factores que han desatado el éxodo rural hacia las grandes ciudades del próspero litoral. Pero las provincias costeras no son capaces de generar el nivel de empleo necesario para absorber la mano de obra desempleada del campo ya que se enfrentan a la resolución de sus propios problemas y al desempleo creciente originado por la privatización del deficiente sector estatal. No existen datos oficiales fidedignos que cuantifiquen la magnitud del problema pero estimaciones de analistas chinos detectan una tasa de paro próxima al 9 por 100, es decir, más de 17 millones de trabajadores desempleados. A pesar de las discrepancias que existen sobre estas cifras, el gobierno reconoce que la actual tasa de desempleo es la más alta desde el año 1949.

La reducción de la mano de obra sobreempleada en las empresas estatales que registran pérdidas ha sido una medida inevitable para aliviar el abultado coste en términos de subvenciones concedidas que supera los 4.200 millones de dólares anuales. El desempleo urbano se alimenta, además, de otras fuentes entre las que destacan la reducción de la plantilla de funcionarios en cuatro millones de trabajadores a consecuencia de la reestructuración del aparato burocrático-administrativo del estado en 1998, el medio millón de soldados



COLABORACIONES

expulsados tras el plan de modernización del ejército y los diez millones de desempleados a causa de la intensificación del paro tecnológico, es decir, de la sustitución de mano de obra por capital y tecnología.

La situación se agrava si se considera que la explosión del desempleo, fenómeno desconocido durante la etapa socialista, se ha producido en el momento en el que el gobierno está racionalizando su intervencionismo social y suprimiendo algunos de los costosos privilegios del socialismo. La carencia de un sistema de seguridad social que amortigüe los reveses de la reforma y de la transformación de la economía ha dejado a millones de trabajadores desprovistos de toda protección social. La incertidumbre ciudadana ante la proliferación del desempleo y la inseguridad provocada por el encarecimiento del nivel de vida han introducido un sesgo deflacionario en la economía que ha ralentizado su tasa de crecimiento. Para combatir el enfriamiento el gobierno ha reducido siete veces el tipo de interés en los últimos tres años hasta situarlo en el 2,5 por 100, la tasa más baja de la historia. Sin embargo, estas medidas no han sido suficientes para incentivar el consumo, que mantiene su atonía. La delicada situación social ha interrumpido algunos de los planes reformistas de privatización y, por poner un ejemplo, el proyecto de liberalización de la vivienda ha quedado paralizado pues adquirir hoy en día una vivienda en el mercado es todavía un objetivo inalcanzable para buena parte de la población.

dígitos del pasado. Sin menoscabo de la magnitud del dato de crecimiento una tasa inferior al 8 por 100 en una economía como la china es insuficiente para mantener la senda del desarrollo y absorber a los nueve millones de incorporaciones que un mercado laboral de su dimensión experimenta cada año.

Las elevadas tasas de desempleo y la ausencia de una efectiva red de protección capaz de garantizar un mínimo de bienestar a la población multiplican los episodios de inestabilidad social. Según datos oficiales, durante el primer trimestre del año 1998 se registraron 934 huelgas en las capitales de las provincias, cifra que ha aumentado en el año 1999 hasta 100.000. Conviene enfatizar que no hay que interpretar estas manifestaciones populares como una protesta en contra del sistema político sino como una reacción a las consecuencias de los cambios socioeconómicos que se están experimentando. No obstante, las consecuencias potenciales de estas movilizaciones no están exentas de profundas implicaciones políticas. La secta Falun Gong constituye un buen ejemplo ilustrativo al respecto pues se configura como una alternativa en medio de un contexto social marcado por el desempleo, el encarecimiento de la vivienda, de la educación y de la atención médica. Tras el duro ataque a las bases de Falun Gong se encuentra el desconcierto de un gobierno sorprendido por la unidad de un movimiento social de tal magnitud en un momento social difícil en el que el elevado desempleo y la frágil cobertura social provocan un vacío moral en la sociedad susceptible de ser llenado por cualquier movimiento organizado fuera del control del partido. La represión no fue la única respuesta del gobierno sino que también se tomaron medidas para combatir los desequilibrios y se adoptaron decisiones significativas que reflejan la previsión y la prudencia de los dirigentes chinos. Tras observar los desastrosos efectos de la crisis financiera asiática en las economías de su entorno, el ministerio de finanzas lanzó al mercado diversas emisiones de bonos por un total de 400.000 millones de yuanes que fueron destinados a la recapitalización de los principales bancos y a la cancelación de los créditos de dudoso cobro saneando, así, el lastrado sistema financiero chino. Adicio-



COLABORACIONES

3. La reciente desaceleración de la economía china

Las causas de la desaceleración de la economía china en los últimos dos años hay que buscarlas en el fracaso del programa de privatización empresarial ante la incapacidad de hacer frente a sus efectos sociales más negativos, en el acusado descenso exportador originado por la crisis asiática y en la reducción de la llegada de los flujos inversores. Todo este conjunto de circunstancias ha tenido su reflejo en la moderación de la tasa de crecimiento de la economía que a partir de 1998 se ha situado por debajo del 8 por 100 alejándose de las dinámicas tasas de dos

nalmente, se pusieron en práctica políticas fiscales expansivas de corte keynesiano fundamentalmente dirigidas a la creación de infraestructuras con el propósito de estimular el crecimiento y reactivar el empleo. Con un carácter más institucional la Asamblea Popular Nacional aprobó en la primavera de 1999 nuevas enmiendas a la Constitución que fomentan la expansión del sector privado y su participación en aspectos que hasta entonces le estaban vedados, como son el empleo y el bienestar social. Así, en 1999 más del 99 por 100 del empleo fue creado en el sector privado. En último lugar, la cuarta generación de líderes, estratégicamente situada en los máximos órganos de gobierno, y que tomará las riendas del poder en el 2002, ha demostrado una gran preocupación por las disparidades regionales y sus consecuencias diseñando planes de desarrollo específico para aliviar el atraso y el estancamiento de las desfavorecidas provincias interiores, atenuando la presión que ejerce el éxodo rural sobre los núcleos urbanos.

Desde este complejo contexto político, social y económico prepara China su andadura en el nuevo siglo, a mediados del cual espera haber conseguido el *status* de gran potencia mundial que sus actuales restricciones no le permiten ostentar todavía. El éxito o el fracaso será responsabilidad de la nueva generación de dirigentes que tienen el compromiso de perfeccionar el modelo de cambio ideado por Deng Xiaoping en 1978 y el objetivo de superar todos los obstáculos que ahora mismo se interponen en el camino. La progresiva inserción del país en la esfera internacional y su mayor participación en un mundo cada vez más interdependiente y globalizado plantea nuevos retos a los dirigentes del futuro que deberán sumar a los ya existentes.

4. Conclusiones y principales retos de la economía china

Se puede concluir señalando que si bien la reforma económica ha permitido un crecimiento espectacular de la economía, ha llegado el momento de dedicar mayores esfuerzos a la consolidación del desarrollo. Para ello será necesario desviar la atención de los objetivos macroe-

conómicos, que han dado sobrados síntomas de equilibrio, y profundizar en la reforma de los aspectos microeconómicos que serán, en definitiva, los que permitan elevar el nivel de renta per capita de la población y generar un mayor nivel de bienestar. No obstante, la reforma microeconómica será difícil y costosa. Entre sus principales objetivos debería figurar la reestructuración del sector empresarial público con todos los inconvenientes que dicho proceso lleva asociado y que conduce al segundo gran problema: el desempleo. Los últimos veinte años de la historia de China han sido años de grandes cambios que han introducido un elemento de complejidad social y cultural que ha generado nuevos conflictos. Entre ellos destaca, por sus repercusiones socioeconómicas, la aparición de trabajadores parados desprovistos, en ocasiones, de todo tipo de subsidio o ayuda estatal. La economía de mercado requiere para su funcionamiento de ciertos mecanismos de protección social que puedan compensar las distorsiones de la liberalización de la economía. Es por ello que el gobierno chino debe buscar con firmeza en la consolidación de una política fiscal eficaz que genere unos presupuestos estatales estables. La mayor disponibilidad de recursos acelerará la puesta en marcha de un sistema de seguridad social. Esta medida tendría que ser completada con una reforma del mercado laboral que palie los efectos de la eventual reestructuración de las empresas del Estado.

China ha avanzado mucho y en muy poco tiempo, pero todavía falta una parte importante del camino por recorrer. En el proceso de cambio que China tiene por delante no se puede ignorar su creciente protagonismo en los escenarios internacionales. A pesar de su retraso económico relativo, no ha dejado nunca de ser un importante y decisivo interlocutor político mundial. La comunidad internacional sabe que la prosperidad económica del gigante asiático es sinónimo de estabilidad política. Las enormes dimensiones del país más poblado del planeta amplifican la magnitud de las repercusiones exteriores de lo que ocurre dentro de sus fronteras, es decir, el desarrollo futuro de China pasa por su inserción pacífica en los circuitos internacionales.



COLABORACIONES

Existen predicciones de muy variada índole sobre el futuro económico del gigante asiático, que van desde el catastrofismo radical —que augura la involución de la reforma y la desintegración territorial— hasta el optimismo exacerbado, que ven en China la potencia que liderará la economía mundial en los primeros años de vida del nuevo siglo. Sin embargo, se impone la racionalidad económica y el realismo. A pesar de los espectaculares logros alcanzados, China es todavía un país relativamente pobre, en vías de desarrollo. En la segunda mitad de la década de los años noventa, la renta per cápita china alcanzaba tan sólo el 11 por 100 de la estadounidense, el 13 por 100 de la japonesa, el 20 por 100 de la taiwanesa, el 25 por 100 de la coreana, y el 40 por 100 de la tailandesa, por citar algunos ejemplos.

Con carácter general, países en una situación de atraso económico relativo, como China, situados todavía lejos de su frontera tecnológica, tienen un importante potencial de crecimiento si son capaces de movilizar con eficiencia el capital físico y humano, adaptar la tecnología extranjera a su ratio de factores productivos, y aprovechar las ventajas derivadas de la especialización productiva consecuencia de la mayor integración en la economía mundial. China ha demostrado su capacidad y su habilidad para realizar estas maniobras durante el período reformista, y no existen indicios fundamentados que permitan predecir la evaporación de dicha capacidad en el futuro inmediato. De este modo, es lógico esperar la continuidad, en las próximas décadas, del proceso de convergencia que la economía está experimentando, pero sería poco acertado suponer que las elevadas tasas de crecimiento económico del pasado se puedan mantener en los próximos años.

Reflexionando sobre el futuro de China es necesario tener presente el peso de las restricciones que lastran el desarrollo de su economía, así como el entorno internacional en el cual ésta tendrá que desenvolverse. Se detectan cuatro problemas principales que amenazan la estabilidad del mercado interno y que sus dirigentes tendrán que solventar: la compleja privatización empresarial, con todo lo que ello lleva implícito

en materia de desempleo e inestabilidad social; la reforma del sector financiero con el propósito de liberarlo de la pesada carga de los créditos de dudoso cobro, fruto de la planificación central; el fortalecimiento de la política fiscal para garantizar ingresos suficientes que permitan la continuidad de las reformas sin incurrir en déficit presupuestarios excesivos, y poder aspirar, así, a la progresiva implantación de un sistema de seguridad social a escala nacional, que amortigüe los reveses de la política reformista — medida que pasa por una delicada negociación con los no siempre disciplinados gobiernos locales; por último, las ya comentadas alarmantes disparidades regionales de renta y el desarrollo desigual.

El gobierno chino parece haber tomado conciencia de todos los factores de riesgo que amenazan su economía y ha ratificado su compromiso con la reforma iniciada hace veintidós años y la necesidad de atajar los problemas de la etapa actual. Por ello, es previsible en el futuro más inmediato el desarrollo de una política macroeconómica cauta que otorgue la prioridad a la mejor y más eficiente asignación de los recursos en el sistema económico.

De ahora en adelante, después de dos décadas de dinamismo económico, es razonable esperar una desaceleración de la tasa de crecimiento de los factores productivos, capital y trabajo, así como de la productividad. Llegados a este punto es difícil resistirse a la tentación de realizar predicciones sobre la magnitud de la tasa de crecimiento que la economía china puede alcanzar en el siglo XXI, pero es también un ejercicio arriesgado. Expertos en la materia auguran que en el año 2015, el PIB de la economía china podría igualar al Producto Interior Bruto de Estados Unidos, es decir, representaría el 17 por cien del Producto Bruto mundial, con una renta per cápita próxima a la media mundial. Entonces, China será todavía un país relativamente pobre con una renta per cápita tan sólo del 20 por cien de la renta norteamericana, pero con un indiscutible y muy superior protagonismo económico y político.

A este logro contribuiría un entorno internacional propicio, expansivo, que fomente el creci-



COLABORACIONES

miento de los intercambios comerciales chinos —especialmente sus exportaciones—, y que intensifique la transferencia de flujos de capital extranjero a esta economía. En este aspecto, la integración de China en la Organización Mundial de Comercio se percibe como un factor que puede potenciar los beneficios de la apertura y de la liberalización del sector exterior en el crecimiento económico chino.

La creciente participación de China en el comercio internacional, desde primeros de la década de los noventa se ha convertido en la décima potencia comercial del mundo, reclama *per se* su presencia en el organismo heredero del GATT, la Organización Mundial de Comercio. Por otra parte, el estado actual de la evolución de la economía mundial, marcado por una globalización creciente dificulta la prosperidad de los países al margen del sistema mundial, en un entorno económico de interdependencia en el que los recursos naturales, la tecnología y el mercado de cada país son elementos insuficientes para garantizar el adecuado desarrollo de sus estructuras económicas y el bienestar de su población.

Desde esta perspectiva el gobierno de Pekín reclama su derecho a incorporarse al grupo de 134 países que forman la organización comercial más importante del mundo. Llegados a este punto podríamos cuestionarnos las ventajas que el ingreso puede deparar a la economía china, ventajas que van más allá de los beneficios económicos concretos que se obtendrán. Desde la perspectiva política, la incorporación china consolidaría el protagonismo de la República Popular en el plano internacional tras su brillante actuación sofocando el contagio de la crisis asiática gracias a la férrea política de no devaluación practicada por su Banco Central a pesar de las pérdidas por exportación que registró su economía. Adicionalmente, fortalecería su ya notorio peso político mundial, China ocupa uno de los cinco sillones permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ampliando su esfera de influencia a la toma de las decisiones que rigen el comercio mundial.

Desde una perspectiva más económica, la integración de China en el organismo impulsaría el

ritmo de la reforma económica y terminaría por consolidar el peculiar modelo económico surgido tras veinte años de compleja reforma económica desde la planificación centralizada del maoísmo hacia el «socialismo de mercado» que impera en la actualidad. La mayor liberalización que se desprendería de la estricta aplicación de los preceptos comerciales de la organización conduciría a un aumento de los intercambios que, a su vez, tendría efectos beneficiosos colaterales puesto que la armonización de las prácticas comerciales chinas implicaría, al mismo tiempo, una mayor liberalización fiscal, cambiaria, monetaria, empresarial y de precios. Así, el funcionamiento más eficiente del sistema económico permitiría nuevos avances en su desarrollo económico con una especial incidencia en su vertiente más tecnológica, al disfrutar de un mejor acceso a la mismas, necesaria para reforzar su cada vez mayor dominio de los flujos comerciales de la región. Existen al respecto diferentes estimaciones realizadas por prestigiosos organismos internacionales que han previsto incrementos cuantificados en cerca de un punto porcentual en la tasa de crecimiento que, a su vez, induciría una mayor creación de empleo en un momento en el que la economía china se enfrenta a una tasa de paro creciente que se ve seriamente amenazada con el avance inevitable del proceso de reestructuración y saneamiento de las empresas estatales.

Sin embargo, y a pesar de la intensa propaganda realizada por el gobierno chino, los importantes progresos alcanzados con la firma del acuerdo comercial con la Unión Europea y con el beneplácito de Estados Unidos, han tenido una acogida tibia en la sociedad china. Tras esa frialdad se esconde el temor a los costes sociales que la mayor liberalización provocará en los sectores más débiles del sistema, en un entorno ya de por sí severo tras la puesta en marcha del programa privatizador y los efectos perniciosos de la oleada deflacionista que afecta a la economía desde hace dos años.

Las visiones más pesimistas alertan sobre los nocivos efectos secundarios del acuerdo comercial sobre la estabilidad social en China. La más profunda liberalización podría tener consecuencias nefastas para dos sectores concretos: las gran-



COLABORACIONES

des plantas siderúrgicas y mecánicas del nordeste del país, reminiscencias del pasado maoísta, y el hasta ahora muy protegido sector agrario, cuya competitividad se estima un tercio inferior a la de los productos agrarios europeos y norteamericanos que tendrán acceso al mercado, y que es el garante de la supervivencia de 800 millones de habitantes.

El gobierno chino aplaca estos recelos asegurando que la mayor apertura comercial provocará un mayor crecimiento que permitirá mitigar los desequilibrios y absorber los exce-

des de mano de obra resultantes. Sin embargo no conviene perder de vista el hecho de que si bien los beneficios se percibirán en el medio y largo plazo, los costes se dejarán sentir desde un primer momento, agravando las tensiones que caracterizan el actual contexto social chino que, tras treinta años de socialismo, está obligado a asumir la supresión de los preceptos básicos del igualitarismo en un entorno desprovisto de los necesarios mecanismos sociales compensadores ante el primitivo desarrollo de los mismos.



COLABORACIONES